



Análisis político:

RLA: el candidato sin sotana que no quiere dejar de ser alcalde

Una lectura evolutiva de su narrativa política (2021–2025)



El vicepresidente que pudo ser... y el alcalde que no quiere dejar de ser

A lo largo de los últimos cinco años, Rafael López Aliaga ha construido un discurso político que ha mutado de manera notable, y que hoy puede revisarse con perspectiva gracias a un conjunto amplio de entrevistas, discursos y apariciones públicas registradas entre 2021 y 2025. Estos documentos, más de veinte transcripciones provenientes de entrevistas con Bayly, Diego Acuña, Milagros Leiva, participaciones en Madrid, mítines en Trujillo y pronunciamientos nacionales, permiten observar la evolución de su narrativa, sus obsesiones, sus quiebres emocionales y las constantes que definen su identidad política.

Este análisis no es un ataque ni una defensa, sino una radiografía de su discurso: cómo comenzó, cómo se desgasta, qué elementos ganó o perdió, y por qué su candidatura actual parece atrapada en una tensión entre fe, nostalgia municipal y necesidad de protagonismo. El objetivo es entender cómo un líder visible, polémico y emocionalmente intenso ha transformado, o no ha logrado transformar, su lenguaje en un proyecto nacional coherente.

Introducción

Rafael López Aliaga entra a la campaña presidencial del 2026 convertido en uno de los políticos más visibles del Perú, pero también en uno de los más atrapados en su propio personaje. Desde enero del 2025 convirtió la Municipalidad de Lima Metropolitana en una plataforma electoral permanente. El problema es que, aun hoy, ya fuera del cargo, sigue pensando y reaccionando como si fuera alcalde.

Cada entrevista, cada discurso y cada mitin repite el mismo patrón: “*yo hice*”, “*yo limpié*”, “*yo compré motos*”, “*yo puse cámaras*”. Mientras la política nacional se enfoca en economía, seguridad integral, instituciones y tecnología, López Aliaga continúa viviendo en su versión municipal del mundo. Es, literalmente, un candidato que no quiere dejar de ser alcalde.

1 El alcalde eterno

La alcaldía fue para López Aliaga un escenario de poder y un refugio psicológico. Allí se sintió obedecido, temido y aplaudido. Allí creó su identidad: el hombre austero, devoto y vigilante del orden. Pero la Presidencia exige algo más: visión de país, capacidad institucional y estabilidad emocional.

Ese salto no ha podido darlo. Por eso sigue mostrando obras limeñas como si fueran pruebas suficientes. Por eso difunde videos de puentes, asfaltos y motos como si Lima fuera el Perú. El síntoma es clásico: un político que llega a su techo y se aferra al último momento donde se sintió grande.

2 El candidato sin sotana

Su dimensión religiosa, antes curiosa, terminó convertida en una estructura rígida. La sotana simbólica que lo elevaba ahora lo aprieta. El episodio más revelador ocurrió el 31 de octubre del 2025: horas después del anuncio presidencial de Keiko Fujimori en Huanchaco, López Aliaga montó un mitin paralelo en Trujillo y la llamó “*vaga*”. No fue estrategia; fue herida. Una reacción emocional, territorial y misógina.

Su narrativa religiosa ya no es motor, sino defensa. Ya no es fe: es reacción.

3 El capítulo Muñante: el estadista que no quiso aceptar

Pocos hablan de esto, pero es clave para entender la fragilidad estratégica del proyecto de López Aliaga. Dentro de Renovación Popular, era evidente que el cuadro natural para la vicepresidencia era Alejandro Muñante: disciplinado, serio, con solvencia constitucional y capacidad institucional.

Muñante ofrecía exactamente lo que RLA no tiene: técnica, equilibrio, visión y estabilidad. Era la pieza que convertía una cruzada emocional en un proyecto de Estado.

Pero López Aliaga lo relegó a un número accesitario simbólico. Prefirió obediencia antes que capacidad.

En política, eso se llama *inseguridad jerárquica*. Un estadista se rodea de estadistas; un líder inseguro se rodea de silencios. La dupla RLA–Muñante habría sido un contrapeso perfecto. Pero RLA no quiso compartir protagonismo. Allí perdió la oportunidad de construir una candidatura adulta.

El estadista estaba al lado, pero él no quiso verlo.

4 Un candidato que no despegá

Una campaña presidencial no puede sostenerse en nostalgia municipal ni en fe reactiva. El país quiere políticas nacionales, no recuerdos de obras locales. Y mientras otros candidatos evolucionan en discurso, López Aliaga gira sobre sí mismo: avanza sin avanzar, ofrece futuro mostrando pasado.

Su narrativa no crece porque él no crece. Aún escucha “Lima” cuando dice “Perú”.

5 Conclusión

Rafael López Aliaga quiere ser Presidente, pero su narrativa demuestra que aún no comprende qué implica gobernar un país complejo y globalizado. No suelta la sotana simbólica y no abandona su identidad municipal. Su campaña comienza sin comenzar, atrapada entre la cruzada moral y la nostalgia administrativa.

Es, en esencia, el candidato sin sotana que no quiere dejar de ser alcalde. Y ese es, quizás, su mayor límite.

Epílogo

La figura de Rafael López Aliaga seguirá ocupando un espacio en el debate público peruano, pero sus propias palabras permiten ver que su narrativa no ha crecido al ritmo que exige el país. Entre la cruzada moral y el recuerdo municipal, entre la fe que predica y la inseguridad que proyecta, su candidatura entra al 2026 sin resolver la tensión entre el líder que quiere ser y el alcalde que no ha podido dejar de ser. El Perú necesita visión, equipo y serenidad. Y esa es la vara con la que, inevitablemente, será comparado en los meses por venir.

Jagalit

Ginebra, 13 de noviembre 2025

Fuentes:

Entrevistas y participaciones de RLA desde 2021-2025

Publicado en: <https://jagalit.com>

Contacto: jagalit (at) gmail.com